

De política, letras y cosas menores

Emmanuel Carballo

Entre todos los géneros literarios, las memorias resultan no sólo de especial utilidad para comprender a un escritor, sino también para captar la atmósfera en la que se escribieron sus obras. En estos apuntes, Emmanuel Carballo, uno de nuestros críticos más rigurosos y perspicaces, pone el acento en dos aspectos inseparables en la vida de un autor: la formación inicial, la infancia como destino y el inevitable contacto con la política de su tiempo, desde el desencanto por la Revolución cubana hasta los inescrutables vericuetos de la vida cultural en nuestro país.

No gocé a mi padre porque murió cuando yo tenía tres años y unos cuantos meses. Mi madre no volvió a casarse, pese a que yo le sugerí que si no se casaba tuviera por lo menos un amante: quizá lo tuvo, pero muy disimuladamente.

Mi estampa de “gente decente”, de rico convertido en pobre gracias a las machincuepas que trajo consigo la Revolución de 1910, me fue útil con los niños y jóvenes de las nuevas clases sociales opulentas. Estudié en colegios de muchachos acaudalados frente a los cuales me comporté, como revancha, de un modo un tanto grosero. Desde entonces hablo con irreverencia. No tuve bicicleta, pero recorrí Guadalajara en un suicida patín del diablo. Como alumno fui una calamidad: me dedi-

caba sólo a las materias que me gustaban: historia, geografía, gramática, civismo. Estudiaba no para sobresalir, no para obtener altas calificaciones, sino para poner en evidencia la ignorancia de los maestros y mi precoz asomo a la cultura.

Mi hermana murió en 1933, un año después que mi padre: ambos están enterrados en el mismo sepulcro, en el Panteón Civil de Guadalajara. Por cierto queda un lugar vacío en la fosa, el mío (a mi madre la enterramos en 1964). Me gustaría que al morir me hicieran polvo y me guardaran en esa tumba. Mi hermana era un año menor que yo, tenía un carácter más fuerte que el mío y siempre hice lo que ella deseaba. En nuestros juegos invariablemente escogía papeles protagónicos y a mí me dejaba

roles algo menos que secundarios. ¿Cómo habrían sido nuestras relaciones si Teresa no muere tan temprano?

Viví con mi madre hasta que cumplí los veintiún años: fecha en que me casé por primera vez. Mi círculo de amistades ha sido principalmente femenino. Supe desde entonces, por culpa del cine, que me iban a atraer más los *ladies' bar* que las cantinas. Las preferencias de mis compañeros de colegio serían (llegué a comprobarlo) opuestas a las mías.

Para hablar de mis ideas políticas, aunque parezca extraño, necesito referirme a un libro mío de poemas, *Eso es todo*. No es una reunión de poemas sino un solo y extenso poema de más de un centenar de microrrganismos de tres versos cada uno. Lo escribí a lo largo de unos cuantos meses en Cuernavaca y después en Lima y Santiago de Chile. El libro es una desolada reunión de recuerdos, de agridulces olvidos bien y malcurados, no lo sé; también el recuerdo de unas cuantas infamias, espejismos, ingraticudes e ingenuidades. En suma, la obra de un hombre joven que entregó al amor sus mejores capacidades y sus más definitivos entusiasmos. El resultado por previsible no es menos desalentador: el deseo se convierte en saciedad, el hartazgo en remembranza, la realidad en escombros y el tiempo, verdadero protagonista del libro, en un lento e inexorable suicidio de papel acompañado de unos cuantos asesinatos oníricos.

Eso es todo no sólo es un libro de amor y olvido, es un libro en el cual insistentemente trato la política de los

años sesenta y setenta. En la parte técnica usé adjetivos de tipo amoroso para referirme a la política de ese momento y adjetivos de raíz política para precisar comportamientos y ansiedades amorosos de un ayer que todavía no termina.

En la escena latinoamericana no me satisfizo la experiencia chilena, de color de rosa, más civilizada que la vía cubana al socialismo. En algunos momentos del libro, escasos para mi fortuna, comparé a ciertas mujeres muy devotas de Salvador Allende con otras destrampadas que no creían en la ortodoxia y sí en Fidel Castro.

A propósito de Castro debo confesar que fue una influencia sobresaliente en mi vida diaria y años después una gran decepción que todavía me duele. Fidel constituyó mi mayor acercamiento a la política y posteriormente la principal causa de mi alejamiento de ella. Contemplé el surgimiento de un héroe y, unos cuantos años después, moralmente, su estruendosa caída. El uno consiguió grandes hazañas y el otro las deshizo conforme transcurría el tiempo. Pasó de Martí a Stalin. En Cuba hoy, con similar conducta, gobiernan más o menos los mismos cuadros que en 1959. Persiste el personalismo de los hermanos Castro. (Uno de ellos, el mayor, retirado por fuera que no por dentro del aparato, sigue siendo la cabeza). No hay democracia en su más correcta acepción; además, se persigue la disidencia.

La Revolución Cubana fue un ejemplo que tuvo mayor importancia en la praxis que en la teoría. Esca-



Julio Cortázar y Aurora Bernárdez con Francisco Luis Bernárdez y Laura González Palau, Toledo, 1939



Mario Benedetti



Alfonso Reyes

esos de líderes carismáticos al mirar y escuchar a Fidel y al Che reconocimos su oratoria política como un medio de comunicación inédito en nuestros países. Sus alocuciones eran tan claras, conmovedoras, tan al alcance de la mano que frente a ellas sólo eran válidas dos posiciones: la aceptación o el rechazo. Todo este engranaje ideológico se vino abajo en unas cuantas décadas. Lo que sucedió algunos le llaman improvisación. Otros menos crueles olvido o menosprecio de la política real: se durmieron en sus laureles sostienen los entendidos.

Todavía sueño con nostalgia La Habana pálidamente plural de los sesenta y principios de los setenta: el centro, La Habana Vieja, el Panteón Chino, el Vedado, Miramar, los bares, los restaurantes vernáculos, los centros nocturnos, el ballet Copelia, los escritores tanto viejos como jóvenes, los nuevos cineastas y teatristas. Con alegría y sin cortapisas se pudo dar a luz, quizás, a una distinta manera de vivir el socialismo caribeño.

Ahora paso de lo histórico a lo subjetivo; de mis puntos de vista políticos a mis puntos de vista personales, del presente al pasado.

En los primeros años de la década de los sesenta (1963) conocí La Habana. Fui a una reunión extraordinaria del Consejo de Redacción de la revista *Casa de las Américas*, del cual formaba parte.

El primer día, en el vestíbulo del hotel, coincidí con Julio Cortázar y su mujer Aurora Bernárdez. A Julio lo había leído con el placer que ofrece un regalo inesperado y satisfactorio; de Aurora sólo sabía que era herma-

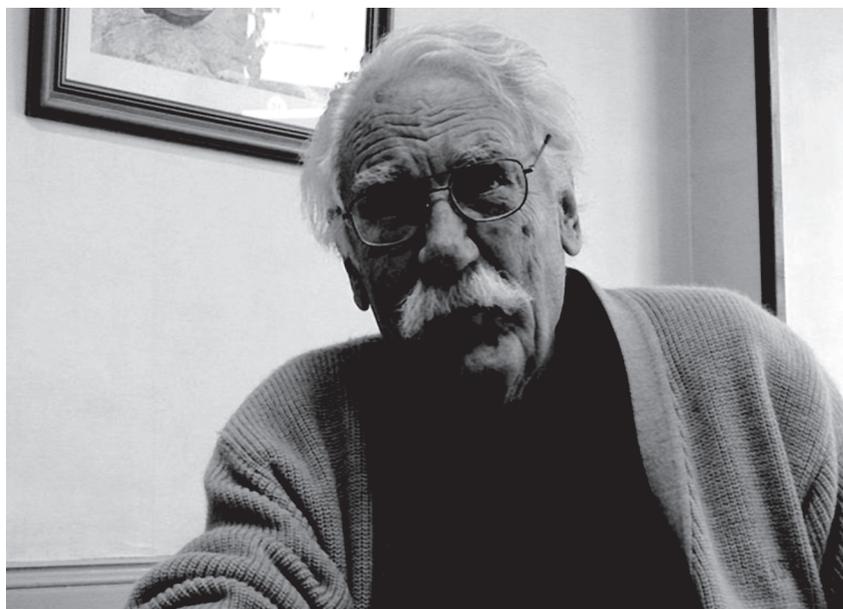
na de Francisco Luis Bernárdez, uno de los dos o tres poetas que, con sus libros, me abrieron la posibilidad de leer algo que había pensado y nunca podido escribir. Ya en el bar del hotel conversamos del tema que nos unía, la literatura. Qué libro preparas, le pregunté: Acaba de aparecer una novela, me contestó, muy distinta de lo que he escrito hasta ahora, *Rayuela*. Todavía no estoy seguro si funcionó el experimento. Tengo mis dudas.

Uno o dos días después arribaron los demás miembros del Consejo: Mario Vargas Llosa, Mario Benedetti, Ángel Rama, Jorge Zalamea y David Viñas. El anfitrión era Roberto Fernández Retamar. Al inicio de una de las sesiones, Roberto nos comunicó que el Comandante nos invitaba a cenar en su compañía, sin protocolo.

Salimos del hotel en dos largos autos requisados a los capitostes de Batista. Llegamos a una casa lujosa e impersonal. El servicio nos recibió en un amplio salón con vista al jardín. Más o menos eran las nueve de la noche. El Comandante llegó retrasado, según su costumbre. Lo acompañaban varios guardaespaldas.

Castro es imprevisible, hace y dice lo que menos esperas. Su memoria es notable, su poder de enlazar ideas polares asombra a los interlocutores, su presencia impone respeto. No es ostentoso ni se adorna relatando su pasado guerrillero. Emanan de él una sensación de que adivina a los invitados antes de haberlos visto.

Lector en sus momentos menos complejos conocía obras de algunos de los comensales. Nos pidió que le dijéramos por qué estábamos en Cuba. En mi turno



David Viñas

reiteré lo que habían dicho antes mis compañeros: respeto por el experimento y ganas de contribuir a que la Revolución se conociera en nuestros países.

Como anécdota le conté las peripecias de mi viaje. Casi a la mitad del trayecto, sobre el Golfo de México, uno de los motores del avión se descompuso. En vez de regresar, pues ya no era conveniente, el piloto decidió enfilar hacia Rancho Boyeros. Más adelante, volando ya sobre aguas marítimas cubanas, se declaró un incendio en otro de los motores del ala contraria. Las azafatas, profesionales, nos ofrecieron chicles para evitar posteriores problemas en los oídos. Yo de inmediato comencé a mascar mi chicle. Aterrizamos entre carros de bomberos, ambulancias, personal médico y militar. Ya en la sala de recepción, después de beber un largo, larguísimo trago de ron, sin molestias en el aparato auditivo (como sucedió a otros pasajeros) el personal de la Casa de las Américas nos condujo al hotel.

De haber ocurrido el percance en mi país, Comandante, mi nombre hubiera aparecido en los periódicos y la televisión. *Granma* no publicó mi nombre, ni el de los demás pasajeros en la primera plana del día siguiente. ¿Cómo se manejan las noticias en el socialismo y el capitalismo?

Fidel no se dio por enterado de mis palabras, las ignoró. La cena, la charla, las copas, las largas e inteligentes respuestas del Comandante ocuparon cinco o seis horas.

A punto de levantarnos de la mesa, en plena madrugada, Fidel recordó mi pregunta y la contestó: en Cuba las noticias de primera plana son constructivas, resaltan hechos positivos; en los países de ustedes priva el sensacionalismo, la morbosidad.

Días después, el mismo avión que me trajo a la Isla entró de nuevo en servicio y voló tan campante rumbo a Moscú.

Hoy considero que el pensamiento de Mao sentó las bases para que China se convirtiera en una de las principales economías neocapitalistas de principios del siglo XXI. Lo veo y no lo creo.

Crecí políticamente en la admiración de Mao desde el momento en que inició la Larga Marcha hasta el día en que pronunció el discurso de las Cien Flores. Acerca de la Revolución Cultural todavía no tengo una idea clara. A veces tímidamente la justifico: a la larga las tropelías de todo tipo y a todos los niveles parecen desgraciadamente necesarias en la conducción política de un país. A veces, también, estos sacudimientos bruscos pueden conducir a una nación derrotada por sus propios dirigentes, en sus frentes básicos como son la política y la economía, a orientarse hacia opuestos objetivos, los mismos que persiguen sus enemigos más explícitos: los grandes países capitalistas. Por lo pronto China compite con ellos y quizá, pienso, podría derrotarlos con su proverbial habilidad y paciencia, con su invariable doble juego, en un futuro no muy próximo pero tampoco muy lejano. ¿Si esto llegara a suceder, China sería sinceramente un país capitalista? ¿En el fondo, muy en el fondo continúa siendo un país socialista? ¿Allí se está fraguando una nueva teoría política ni capitalista ni socialista?

Entre el párrafo anterior y los que deberían venir enseguida paso por alto vivencias y experiencias decisivas de mis actividades como hombre y como intelectual. Las afrontaré en otros momentos.

Hoy puedo dar menos de lo que di ayer y, supongo, un decaimiento progresivo se apoderará de mis facultades mentales. Lentamente la vida te va apagando, te va cancelando hasta que en cierto momento ya no recuerdas ni siquiera tu nombre.

Al llegar aquí pienso en Arrigo Coen, hoy ya muerto, a quien traté en la Escuela de Escritores de la SOGEM. Sus clases eran excelentes. A sus alumnos y a mí nos parecía extraño que su esposa lo llevara a la escuela y lo condujera de regreso a casa. El motivo: había olvidado donde vivía. Para evitar ese desasosiego traigo anotados en la agenda mi nombre y domicilio.

El futuro me asusta. Mis problemas ya no son únicamente externos sino biológicos. El mayor, la vejez y sus frecuentes e intolerables olvidos. ¿Cómo vas a encararlo, Emmanuel, qué clase de chochez será la tuya?

Ya maduro, a los cuarenta años, veía a Alfonso Reyes como un alto y firme edificio. Ahora tengo diez años más de los que consiguió vivir, él que estaba dispuesto a alcanzar los ochenta, como Goethe. No he llegado, ni pienso llegar, a la edad de Martín Luis Guzmán, quien a los ochenta y nueve murió lúcido y con ciertos hermosos proyectos liberales muy decimonónicos. Tampoco a la de José Vasconcelos: ya anciano asombraba de cuando en cuando a sus escasos amigos con vehementes hallazgos verbales cargados de inteligencia. Octavio

Paz, a quien por la belleza de su poesía y prosa de ideas creíamos inmortal, no tenía al morir los sesenta que aparentaba sino los ochenta y cuatro que escondía coquetamente. A Juan Rulfo le convino morir a la edad en que lo hizo, en plena madurez. Ya no esperaba nada del futuro y había exprimido provechosamente el pasado para escribir sus libros sorprendentes. Juan José Arreola, decaído y triste, abandonó sus admirables e irrepetibles textos en prosa para obtener un fácil y generoso salario conversando con miles de embobados televidentes.

¿Cómo mirarán mis congajos escritores a los que hoy admiro por la calidad de su obra y la dignidad con que llevan su recién estrenada madurez, los cuarenta tan temidos y a la vez tan repletos de sorpresas?

Las memorias son ahora el género que más me apasiona. He dejado, creo que para siempre, la crítica, la historia de la literatura y el periodismo cultural. Hasta la fecha he publicado dos volúmenes autobiográficos: el dedicado a mi niñez, adolescencia y primera juventud vividas en Guadalajara. En él cuento mi arribo a las letras, las penalidades y goces sufridos por un muchacho audaz y con los pies firmemente plantados sobre la tierra; también paso revista crítica a la escasa literatura que por entonces conocía: la jalisciense, algunas de las nuevas obras capitalinas y con cuentagotas ciertos libros de la antigüedad clásica y la modernidad recién desem-pacada de Europa. Se llama *Ya nada es igual*.

Al segundo tomo lo titulé *Diario público*. A cuarenta y cuatro años de distancia de su primera inserción en periódico (*Excelsior*), muy trabajado, estilística e intelectualmente, el *Diario* es una obra híbrida: participa de las memorias, el ensayo, la crónica, la entrevista, las cartas, la crítica y la historia de la literatura. Figura dentro de la nueva manera de encarar las memorias. Los juicios y prejuicios que vierto en él son sólo míos; algunas personas los consideraron escandalosos. Si están escritos con pasión, están pensados con absoluta frialdad. Si del sesenta y seis al sesenta y ocho del siglo pasado fueron "chismes", hoy son historia en mangas de camisa: testimonio acerca de una época dorada y trágica para el país y las letras escrito por un protagonista incómodo e indispensable.

Los escritores somos falibles por naturaleza. Disfrizamos nuestra inseguridad con imaginación y cultura. La única manera conocida para soslayar nuestra menguada condición es ésta: no abrir la boca ni mover la mano sobre la hoja de papel en blanco. Como esta máxima no se puede practicar por imposible cada uno de nosotros trabaja como mejor acomoda a su persona y a sus fines.

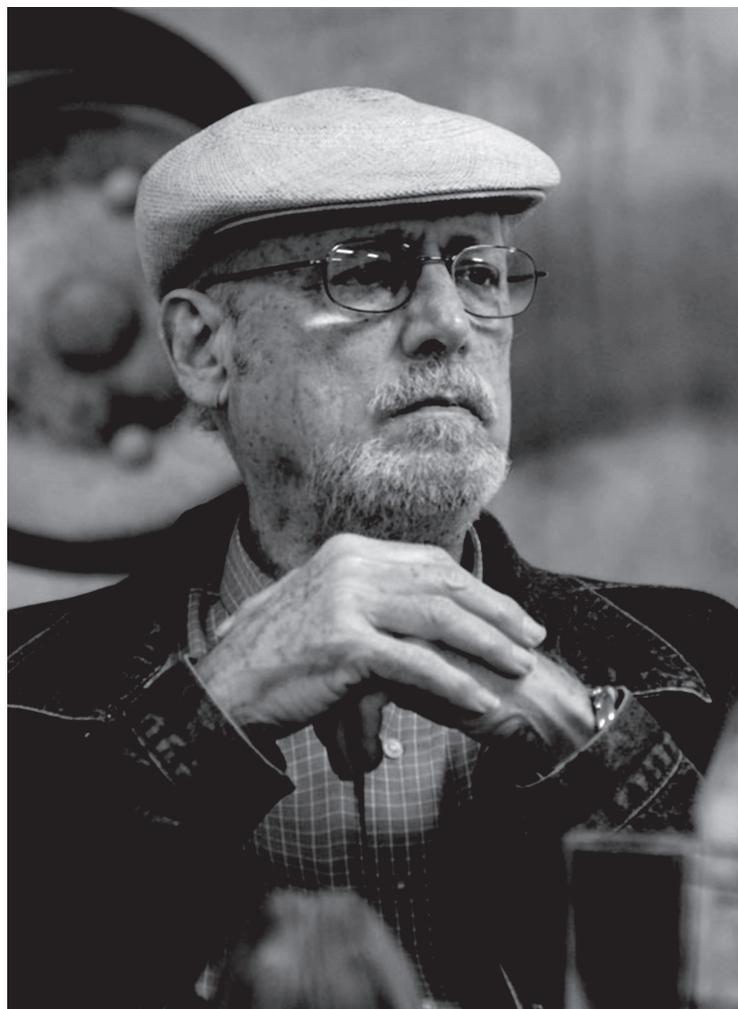
Cierta vez dije que los amigos son para el crítico enemigos terribles. (La generosidad es enemiga de la ecuanimidad). Dije también que el crítico debería vivir en algún lugar de difícil acceso, por ejemplo, en una mon-

taña. Editores y autores deberían enviarle sus nuevos títulos con un propio incorruptible. Así, quizá, sus juicios serían dignos de ser tomados en cuenta. Las corruptelas le estarían vedadas.

Esta utopía la he tratado de practicar en las sucesivas etapas de mi trabajo. En cada una de ellas conocí el rechazo, la indiferencia. Los autores enjuiciados casi siempre creyeron que minimizaba su talento por dos razones: la envidia o la ineptitud.

A lo largo de mi vida como crítico me las he visto negras. (Este color me ha traído más satisfacciones que desagradados. Amo quizás el infortunio). Un ejemplo, cuando me separé de la Mafia quedé solo. Perdí contactos con las editoriales, la amistad de Fuentes, Paz, de casi toda la gente "famosa". García Terrés dijo que mientras él viviera yo no publicaría en el Fondo de Cultura. Finalmente publiqué en esa casa editora: García Terrés había muerto algunos años atrás.

Tengo el defecto, y lo he confesado públicamente, de que las cosas me entran por una oreja y salen por la boca. No sé guardar secretos. Digo: "No debo contar esto", y a la primera provocación lo divulgo. Es mejor que no me cuenten cosas significativas porque inmediatamente las divulgo. Las palabras con que cierro este capítulo no corren ese peligro: son desde ahora del dominio público. **U**



Roberto Fernández Retamar